

La universidad del año 2000. Entre Napoleón y Humboldt

Luis Scherz García

Luis Scherz García: Sociólogo chileno. Licenciado en Ciencias Físicas y Matemáticas. Estudios en las universidades de Münster, Notre Dame y Lovaina Autor de varios libros y ensayos, entre los que destacan: "Reforma y Contrarreforma en América Latina" y "La universidad latinoamericana en la década del 80. Posibles estrategias de desarrollo".

En este artículo se plantea la interrogante sobre las probabilidades de que en el umbral del siglo XXI aparezca una universidad en América Latina con un acento muy distinto al de la actual. Se entrega primero una visión de los procesos experimentados por la universidad latinoamericana (profesionalizante o napoleónica) desde mediados de esta centuria: la modernización de los años 60 (inducida por la ayuda foránea); la "Reforma" (con su búsqueda de un camino autóctono); la reactivación de la modernización y la difusión predominante de su modelo empresarial en el último tiempo; finalmente, la vigente discusión polémica acerca de su porvenir, expresada en dilemas relativos al ingreso, conducción, quehacer académico y autonomía (de los cuales se dibuja como aspiración una universidad contrapuesta a la de hoy).

A la luz de una aproximación teórica que cuenta con respaldo histórico se verifica que, de conjugarse adecuadamente ciertos factores de la realidad, sería muy factible el apareamiento en América Latina de una universidad de corte humboldtiano. Esta encajaría, además, como pieza clave en los procesos de transformación que ya se avizoran en el horizonte latinoamericano y que podrían conducir a la génesis de una nueva civilización.

Ante los ingentes desafíos que el futuro trae consigo, ¿logrará la universidad latinoamericana actual sobrevivir con éxito o surgirá, en cambio, una universidad

de tipo diametralmente distinto? Ser esto o lo otro, he aquí, en el camino vacilante de la universidad de hoy, su gran dilema existencial, el mismo que pretendemos abordar en este breve y preliminar análisis que incita a reemprender una vieja discusión.

Como no hay evidencias de que la estructura básica de las casas universitarias se haya alterado significativamente en estos años, hoy al igual que ayer referiremos nuestro esfuerzo discursivo a una misma entidad, la universidad latinoamericana, con múltiples expresiones concretas. Sus diferencias de status jurídico ante el Estado, su mayor o menor grado de masificación, su laicidad o catolicidad, su politización o apolitización, su estilo moderno o tradicional, y el desigual desarrollo de sus faenas de investigación y de difusión social serían sólo, repetimos, traducciones tangibles distintas de un mismo modelo estructural.

La estructura de la universidad latinoamericana

En otros trabajos hemos procedido a tipificar hasta sus límites ideales la estructura básica de la universidad criolla. Tal "tipo ideal" es necesario para superar la caótica variedad de los casos particulares y facilitar la tarea de explicación científica. Este esfuerzo constructivo no es inédito; recordemos, por ejemplo, los trabajos de Paúl Ricoeur con la distinción sugerida, en el plano más general, entre universidades del espíritu (o humboldtianas), que realzan el derecho de la persona humana a buscar la verdad, organizándose libre y comunitariamente para ello, y las universidades del poder (o napoleónicas) que tienen el deber impuesto por la sociedad para que se constituyan en instrumentos de producción o en moldes oficiales de vaciado cultural.

En nuestro esbozo tipológico le concedemos a la universidad latinoamericana el apelativo de profesionalizante por poner el acento sobre las profesiones. Reconocemos en ella tres fases de su trayectoria histórica experimentadas desde el comienzo de este siglo hasta fines de la década del 50: "estática", "crítica", "dinámica-dualista"; son etapas, por así decirlo, de rutinización, de conciencia de los problemas, de recuperación parcial de la dinámica en la marcha.

En el plano de la cultura o de las pautas y valores que orientan la acción, dos pares conceptuales cobran realce en esta institución: utilidad y adaptabilidad, por un lado; docencia y praxis, por otro. Más adelante, con la modernización, se añadirá la eficiencia. El saber vendría de la praxis, del mundo del trabajo profesional unido indisolublemente a la universidad por medio del docente que pertenece a ambas esferas.

En cuanto al modo de interacción que prevalece en esta universidad, no es el imperativo de la sabiduría el que motiva la conducta mayoritaria de sus miembros. El quehacer está dominado por los intereses y mentalidad instrumentalizadora propios del sector más agresivo de la clase media.

Los programas de modernización llegan del norte

Después de la Segunda Guerra Mundial, con el traslado del polo cultural hegemónico desde Europa a los Estados Unidos, se hacen gradualmente ostensibles los programas de desarrollo para América Latina que promueve el poderoso vecino del norte. Primero se insinúan, de manera más o menos modesta, dentro de los lineamientos formulados en el "Punto Cuarto" del mensaje inaugural del presidente Truman en 1949. Luego, se tornan millonarios y sistemáticos, con la gestación de la "Alianza para el Progreso" por el presidente Kennedy. Los esfuerzos de modernización recaen sobre las instituciones estratégicas, incluida la universidad.

El proceso de transformación de las casas de estudio, que hasta entonces había quedado librado principalmente a sus fuerzas internas, pasa a ser acelerado y deflectado, cuando no dominado, por el impacto poderoso de la ayuda foránea; sin embargo, para el salto hacia un modelo autóctono de universidad (meta de una inteligencia académica que entra en escena) esa cooperación empieza a revelar sus aspectos negativos.

Subyacente a los programas anida un modelo de desarrollo, tanto de la sociedad global como de la misma universidad. Para la primera, desarrollarse significaría incorporarse paso a paso a la red de los países referenciales. Respecto a la segunda, ésta, a los ojos de los expertos de las fundaciones y entidades benefactoras (Ford, Rockefeller, BID, OEA y gobierno de los EE.UU.), debería encauzarse según un modelo que hace incompatibles los papeles de "administradores", docentes y estudiantes. Se concibe que los primeros manden y contraten, los segundos enseñen y obedezcan, y los terceros, como única misión, estudien. El centro de gravedad de los planes está representado por la función de adaptación de la universidad a las demandas del desarrollo y por el papel instrumental que consecuentemente se asigna a su administración, cuerpo académico y estudiantado: tareas propias de la universidad profesionalizante que ahora asume, empero, forma más racional en aras de la eficiencia.

A mediados de los años 60, comprometiendo a los establecimientos de mayor prestigio, la modernización inducida acusa ya sus primeros efectos negativos. En los conflictos que estallan, preámbulo de la "Reforma" que vendría, se manifiestan dos bandos con mentalidades divergentes: uno, "tradicional-pragmático", en el poder y en convenio con la ayuda internacional; otro, "crítico", en el cual se cuentan los estudiantes más activos y una vanguardia intelectual de docentes científicos, especialmente de ciencias sociales.

Los altibajos de la reforma

Son esos los inquietos tiempos de generalizada conmoción social en América Latina, y no sólo en ella. Recordemos que después de la Segunda Guerra Mundial, la democracia y el desarrollo son situados en la cima de las aspiraciones de los

pueblos. En lo tocante a la educación superior, expansión y renovación son palabras claves. En la atmósfera de "aggiornamento" de la Iglesia, en Buga se elabora a comienzos de 1967 un documento destinado a abrir profundo surco en el campo universitario. En Chile, entretanto, el presidente Frei, no sin obstáculos, impulsa su "Revolución en Libertad"; de pronto, poniendo en jaque a las autoridades académicas y provocando expectación nacional, los estudiantes encienden el fuego de una "Reforma" que no tarda en propagarse a la totalidad de las 8 corporaciones de entonces. En 1968 es difícil encontrar algún país en América Latina que no haya pasado por experiencias similares. Algo análogo se verifica en otras latitudes: la rebelión estudiantil remece todos los muros cardinales de la tierra.

Las universidades latinoamericanas de la época atraviesan, en mayor o menor medida, por la fase tradicionalista de su evolución inmanente. Su quehacer es dominado por las profesiones más consolidadas: la medicina, el derecho, la ingeniería civil. Al lado de los catedráticos que combinan de manera rutinaria la docencia con la praxis profesional, se encuentran unos pocos profesores que pretenden investigar científicamente. Y sólo algunos flamantes institutos, instalados a la manera de intrusos injertos por la mano internacional, destruyen la homogeneidad de un cuerpo educacional vetusto. Lentamente se va generando la conciencia de una crisis que se hace imprescindible superar. Estalla la polémica. Y de súbito, casi como exacta contraparte de la realidad que se denuncia, se esboza la imagen de una universidad distinta. La crítica y la utopía van de la mano.

¿Qué se critica? A la institución se le reprocha sobre todo su estrechez profesionalizante y utilitaria, adversa al quehacer científico y, asimismo, su escasa presencia en la orientación de los cambios sociales y en la denuncia de abusos, injusticias y alienaciones. Es más, se censura su dependencia de poderes externos (locales e internacionales), la falta de democracia en su conducción y la escasa apertura de sus aulas a los sectores más vastos y desamparados del pueblo.

Allí donde prospera la "Reforma" pierden mucho de su sentido estos reproches y empieza a bosquejarse la imagen de otra morada del intelecto. Con todo, en ningún lugar, ni siquiera en Chile, donde este movimiento cala de manera más extensa, intensa y profunda, se alcanza una verdadera mutación o transformación revolucionaria de la universidad profesionalizante, como había sido la primigenia meta. En Chile, por ejemplo, los diferentes elementos estructurales que surgieron en cada etapa de la "Reforma" (una, durante el gobierno de Eduardo Frei; otra, en el interrumpido período de Salvador Allende), no lograron amalgamarse de manera adecuada y finalmente muchos tensores divergentes tiraron del cuerpo universitario en distintas direcciones. En esas circunstancias, la "Reforma" fue juzgada por muchos como un simple artilugio de estudiantes de clase media para ganar un cupo de poder. Sea como fuere, la democratización, pese a las manipulaciones demagógicas, significó una sintonía con la atmósfera libertaria y populista de la calle y contribuyó, asimismo, a reeditar aquella tradición y leitmotiv que en 1918 despertó a la juventud de Córdoba y puso en marcha una

corriente reformista que invadió muchos atrios de estudio de la América del Sur.

En síntesis, como ya lo hemos sugerido, la "Reforma" fue algo más que una reforma o simple revitalizaron de lo mismo. Fue modernización (con introducción de "currículum flexible", sistema de "créditos" y de otras características del sistema norteamericano), más democratización (mayor apertura al pueblo y mayor injerencia de los actores de base en la conducción) y más ciencia en alguna proporción (lo suficiente para insuflar un espíritu menos pragmático y para asegurar, con el aumento de los profesores de tiempo completo, el carácter de verdadera comunidad a la entidad de altos estudios).

En Chile, como es sabido, al interrumpirse la vida democrática, cesa bruscamente el proceso de "Reforma" y sin la posibilidad de resistencia alguna se reinicia, en la atmósfera de la cultura autocrática neocapitalista que domina el escenario público, la modernización de la universidad según los esquemas que una vez se rechazaron. En otros países, ya porque la "Reforma" deja sólo una débil y parcial traza, ya porque unido a lo anterior se suma el inhóspito clima de la dictadura, no tardan las universidades en reinsertarse con receptivo paso en el trillado camino de la modernización.

La multiversidad criolla

Desde la perspectiva del caso chileno, la modernización de la universidad profesionalizante aparece enfilada hacia su identificación con una universidad empresa que evoca el fenómeno de la "multiversidad" que el canciller Clark Kerr concibiera en California y que fuera puesta en tela de juicio por la violenta revuelta estudiantil de Berkeley en 1964. Esquematizando, en la reproducción latinoamericana de aquella usina de la enseñanza superior pueden también distinguirse las siguientes tareas: preparación de recursos humanos (o docencia de las profesiones), prestación de servicios tecnológicos (a empresas y clientes de variada índole), cultivo de las relaciones públicas. Pero, en cualquier caso, es la docencia, hasta la fecha, la función de tono dominante. La investigación tecnológica tiende, más bien, a encontrar su hogar en centros de alto vuelo fuera de la universidad (donde no es rara la intromisión de grandes empresas transnacionales). De todos modos, la universidad aspira a ser más eficiente en el cumplimiento de sus cometidos, tratando simultáneamente de posibilitar su constante, y ya no más discontinuo, ajuste a los desafíos externos y demandas del mercado (afinando racionalmente, cual una perfecta máquina cibernética, sus mecanismos de autorregulación).

En Chile, bajo un clima de estricto control ideológico, el modelo encuentra expresión lograda y referencial en determinadas universidades de la veintena actual. En otros países el proceso de modernización se abre espacio tras vencer pesadas inercias, avanzando más rápido en el sector privado que en el público, suscitándose así un sistema binario de educación superior. Por un lado se da un sector más tradicional, masivo y politizado, formado por las universidades

públicas; por otro, se encuentra uno más moderno y elitario, manejado empresarialmente y con escasa intervención de sus docentes y estudiantes, configurado por universidades de origen privado, entre ellas las católicas. En consonancia con el predominio de uno u otro tipo de establecimientos, se verifica unas veces un sistema de "laissez faire" y otras de férreo control estatal de la educación (en los países bajo dictadura, una modalidad coexiste en extraña simbiosis con la otra).

Hacia un balance de la situación actual

La imagen de la universidad profesionalizante de tipo napoleónico, modernizada y reforzada con elementos propios de la universidad estadounidense, descuella olímpicamente en el paisaje de la educación superior de esta parte de América. Junto a su estampa de corte empresarial, a su sombra, durante la década del 70 asume cierta popularidad la figura de la "Open University" inglesa. Destinada al consumo cultural de grandes masas, su concreción no llega sin embargo a prosperar con la velocidad y volumen esperados por sus entusiastas promotores. En cambio, brotan y se multiplican los institutos de estudios superiores independientes de clara intencionalidad comercial (oferentes de status). De una variedad de universidad del espíritu o de corte humboldtiano no hay hasta ahora gran expresión tangible. Sólo en la literatura especializada, en los trabajos de algunos autores (entre otros, Latapí, Mc Ginn y Morandé), se refleja un interés creciente por el estudio de sus probabilidades de existencia en nuestro suelo. En el ínterin vive sólo como una obligada referencia, como una opción que en cualquier instante podría cristalizar (y desplazar de su gravitante posición a la versión latinoamericana de la universidad napoleónica). Corren a su favor los vientos críticos que vuelven a soplar y la polémica sobre el destino de la universidad en el umbral del siglo XXI habla indirectamente, en términos dicotómicos, de su atracción utópica, de su presencia como idea fuerza que pugna por encontrar corporeidad.

Opciones antitéticas o dilemas de una polémica

¿Apertura o selección? He aquí una primera confrontación sobre quiénes y cuántos deben ser admitidos en las aulas superiores. Universidad de masas o universidad de élite - replican algunos, como indicando que el crecimiento numérico es incompatible con la excelencia académica. Para otros, la limitación del acceso significa coartar el derecho a la búsqueda de la verdad y de la perfección personal (que iría más allá del adiestramiento técnico).- Universidad para todos - tercia una voz. - Eso no podría financiarse - reclama un detractor. Y así, los conceptos de autofinanciamiento, aporte estatal, gratuidad, pago, prioridades de presupuesto, se incorporan a la discusión. ¿Menos presupuesto para la educación superior, o más? ¿Más educación y menos armas o viceversa? serían otras interrogantes de la misma esgrima verbal.

¿Comunidad o tecnocracia? o dicho de otra forma, ¿participación o no

participación de los profesores y estudiantes en el gobierno universitario? ¿Es la conducción un asunto que compete a la comunidad universitaria entera o sólo es materia que incumbe a una administración especializada o burocracia de expertos? Con estas contraposiciones la polémica se torna candente. - Sí, los profesores titulares deben ser incluidos en los consejos - opina uno. - Sí los alumnos también deben participar, pero sólo de un modo indirecto-agrega un segundo personaje que no oculta su aversión al "cogobierno". Unos terceros, menos condescendientes aún, niegan cualquier presencia de los jóvenes, argumentando que ésta sólo introduciría desorden, demagogia, politiquería, deterioro de la convivencia y que sería el caballo de Troya de una universidad militante. - No, esas son meras ideologizaciones de los que defienden un orden establecido injusto - replican airados los que conciben la universidad como una escuela de democracia y como una potencial "polis" ejemplar.

¿Unidad o separación de investigación y docencia? De esta dilémica interrogante se desprenden telescópicamente otras del mismo tenor. - La universidad no debe hacer investigación; sólo debe entregar la docencia de las profesiones - declara impaciente un coro de asesores. A lo cual, algunos académicos arguyen (aceptando la separación) que la investigación podría practicarse en el recinto si concurriera a establecer puentes de mutuo beneficio con el sector productivo y militar. Otros profesores, refiriéndose más bien a la investigación propiamente científica, defienden con ahínco la unidad de investigación y docencia, ponen de relieve la potencia formativa de la ciencia y unen al ejercicio de esta última la consolidación de una comunidad de personas dedicadas exclusivamente a la universidad.

¿Autonomía o dependencia? Es esta una disyuntiva que va unida a las siguientes: ¿coordinación o subordinación? ¿orientación cultural o adaptación instrumental? Todas estas alternativas contribuyen a elevar al rojo vivo la temperatura del debate. - Sólo cabe hablar de una autonomía universitaria relativa - musitan voces de tono ecléctico y, luego, las mismas argumentan sonoramente que el aporte estatal debería llevar a las universidades a subordinarse a los organismos de planificación pública o, al menos, a las exigencias del mercado ocupacional. - Deberían ellas integrar un sistema nacional de regulación de la educación superior en el cual se concediera asiento a representantes de la economía y del gobierno tercian varios, propugnado en el mismo tren de pensamientos la instrumentalización de la universidad frente a las demandas de clientes conspicuos (el Estado, las grandes empresas nacionales y extranjeras, el ejército, las fundaciones foráneas, etc.). Esta posición es acremente impugnada por todos aquellos que, mostrándose celosos de la autonomía universitaria, de las libertades académicas, del derecho a criticar los poderes externos, no están dispuestos a aceptar un aporte que ponga en peligro los valores más altos de la docta corporación. Ante los cambios sociales, abogan para que la universidad (con el auxilio de las ciencias sociales) ejerzan sin cortapisas su papel orientador y de plasmación de una cultura más humana y consonante con los desafíos que se van insinuando.

Valga ahora una breve digresión. El precedente relato de opciones contrapuestas resume material de una polémica que discurre en América Latina. No obstante, en algunos aspectos curiosamente reedita discusiones registradas en otros lugares del globo. Recordamos, por ejemplo, trabajos de Helmut Schelsky sobre la instrumentalización creciente de la universidad alemana, de James Perkins acerca de la crisis de confianza en la razón que vive la universidad en el mundo, de Steven Müller tocante a la casi irreversible perversión de que fueran objeto las universidades de investigación en los Estados Unidos (de rasgos humboldtianos) por efecto de su inserción en los programas de estudios bélicos durante la Segunda Guerra Mundial. Con todo, la polémica nuestra parece alejarse de esta otra por el sentido distinto de su rumbo. El carrusel de nuestra realidad académica se estaría aproximando, en contracorriente, justamente a aquellas posiciones que ellos parecen abandonar. ¿Será efectivamente así?

Volvamos a nuestro tema central. De todas las interrogaciones que el fervor polémico criollo ha contribuido a polarizar, podemos ordenar dos redes discursivas interconectadas y advertir que con ellas se trazan los rostros o retratos hablados de dos universidades de tipo diferente: de nuevo, por aquí, la universidad profesionalizante modernizada (en lo substancial, perteneciente a la familia napoleónica); por allá, una universidad que por sus rasgos podría inscribirse en la familia humboldtiana. Pero, ¿a cuál le pertenecerá el futuro? ¿Cómo lanzar una conjetura medianamente fundamentada sobre las probabilidades de que esta última universidad acceda a la existencia real? Para este propósito deberíamos sugerir previamente algún andamiaje teórico e interpretativo de los hechos.

El bosquejo de una "teoría planetaria"

Al efecto podemos bosquejar con trazo rápido una especie de "teoría planetaria" sobre la circulación de los cuerpos universitarios en torno a dos focos de importancia histórica oscilante, donde uno por un tiempo es más gravitante que el otro, y viceversa. Unos de esos focos está representado por la universidad del espíritu. El otro, por la universidad del poder. La universidad latinoamericana describe hoy una órbita atraída, primordialmente, por el "foco del poder"; pero, ¿cómo podría alterarse esta situación? No es este un asunto de mera acción voluntaria ni del uso de la fuerza física. Al hablar de la "Reforma" ya sugerimos una explicación de ésta que descansa sobre todo en la primera importancia de los procesos inmanentes y del concurso indispensable de ciertos factores.

En primer lugar, respecto a la inmanencia, debería verificarse un efectivo agotamiento de las potencialidades creativas del sistema para responder a nuevos desafíos (lo que parece ser el caso en cuestión). Luego, en lo que concierne a los ingredientes indispensables para marcar el vuelco, señalaremos los siguientes: la crítica del sistema y la correspondiente polémica, la utopía o nueva imagen de la universidad, la presencia de un factor precipitante y, finalmente, una atmósfera de conmoción social.

Habría ejemplos claros para mostrar la plausibilidad de nuestras disquisiciones. Uno de ellos: la fundación de la Universidad de Berlín después de que su esclerótica congénere tradicional viera agotada sus potencialidades de vida. No olvidemos que derrotada por Napoleón, la nación alemana vive en 1810 momentos de profunda conmoción social, que los filósofos idealistas (después de la acérrima crítica de Kant a la vieja universidad) elaboran las ideas matrices de la que habría de ser la nueva casa de estudios, fundada por Guillermo de Humboldt, aprovechando su paso fortuito por las esferas del gobierno de la época. No ocurre esta gestación sin que medie una atmósfera de enconada polémica y en la cual terciar, fuera de los restauradores, los utilitaristas y los epígonos de la Ilustración (en Francia, mientras, tanto, Napoleón disuelve la universidad del "Ancien Régime" y funda la "Imperial").

En América Latina, para la gestación de una nueva universidad ya tendríamos la crítica y la polémica en combate. El agotamiento de las estructuras, pese al oxígeno de la modernización, sería detectable. Pero, ¿donde estaría el factor precipitante?

Veamos una posibilidad entre muchas. Pensemos que no puede estar lejano el día en que Chile recobre su democracia y que, entonces, los estudiantes que hoy remecen los muros de la universidad vigilada, para salir en busca del tiempo perdido, volverán a ubicar la "Reforma" en el tapete de actualidad. La precipitación de análogo fenómeno en las casas universitarias de otros países no se haría esperar demasiado.

Solo restaría - "last but not least" auscultar la presencia y naturaleza de la conmoción social (más allá de la recuperación de la democracia en los últimos países monocráticos de América Latina).

El ocaso de la civilización industrial

Según una tesis que hemos desarrollado en otra parte, la civilización industrial está llegando al término de su larga y poderosa trayectoria. Situación que se vincula con la escasez mundial de la energía, con la merma de materias primas y con la "crisis ecológica" (como producto de la inmisericorde expoliación de la naturaleza). Y, en estas circunstancias, otro signo de agotamiento aflora dramático: a la sociedad del trabajo (otro rostro de la civilización en retirada), del trabajo estandarizado y reglamentado, se le acaba su substancia. El desempleo va cundiendo como fenómeno de difícil contención. La empresa industrial frena sus máquinas y el tecnólogo y el empresario ven desafiadas sus posiciones de status y ganancia.

Todo hace sugerir, por otra parte, que la crisis conducirá a la gestación de una civilización de otro signo, menos dominada por la racionalidad instrumental y menos formalizada que la actual, donde la mutua concertación de esfuerzos, el trueque, el hogar como punto de reunión, entre otros serán elementos de

importancia.

Sea como fuere, es innegable que vivimos en un período de profunda conmoción sociocultural, sobre cuya verdadera naturaleza podríamos discrepar, pero no negar su prolongada y caprichosa presencia. Lo pertinente es preguntarse: ¿constituye el aludido sismo de la civilización un acicate para el apareamiento de una universidad del espíritu en América Latina? Todo hace suponer una respuesta positiva, sólo la fecha permanece incierta.

¿Espectadores o actores?

Recapitulando: potencialidades agotadas, crítica, polémica, inquietud estudiantil, utopía referencial y conmoción cultural, son todos ya factores discutidos y que presionan a favor de la universidad de corte humboldtiano en América Latina. Las probabilidades de su nacimiento irán aumentando más y más en la proporción en que estos elementos logren conjugarse en una más feliz síntesis dinámica.

Por añadidura, como un viento que sopla a su favor, en todas partes se necesitará una institución educacional de alto vuelo que dé cabida a un creciente número de jóvenes que el mercado ocupacional no consigue ya absorber. Sí. Se necesitará una universidad de signo menos utilitario donde se le abra espacio al ocio creador, a las posibilidades de autoconstrucción de la persona, a la exploración de tecnologías de supervivencia pacífica, a las formas fraternales de vida. No es descartable la posibilidad de que la universidad llegue a ser pieza clave de la civilización que se aproxima. De todas maneras será su responsabilidad contribuir a orientar y a plasmar esa civilización dentro de la atmósfera de un nuevo humanismo. En América Latina, junto a estos, la universidad tendrá que afrontar desafíos complementarios. Su contribución a la plasmación de la nueva cultura tendrá que ir aquí de la mano de un esfuerzo de integración de nuestras naciones en una sola gran sociedad latinoamericana. Sí. El sueño de Bolívar la interpela. Integración que significa rescatar el patrimonio de la cultura popular y los anhelos de justicia de un pueblo sumergido.

Mientras los punteros del reloj giran en torno a la esfera de la historia, la maduración del proceso de traslado de la universidad al foco gravitacional del espíritu va avanzando. ¿Pero debemos permanecer sólo como espectadores de tal proceso? ¡No! superando las vallas del frío análisis, movidos por un imperativo ético, deberíamos saltar al escenario y participar protagónicamente en esta aventura que se incuba. ¿Ser o no ser? ¿De qué lado estamos?